

«No envíes a nadie para saber por quién doblan las campanas; doblan por ti».

Meditations, John Donne (1573-1631)

Prólogo: El tiempo en sus manos.

La nostalgia más complaciente, el guiño cómplice o directamente el codazo entre «cuñaos» son moneda común cuando echamos la vista atrás para recordar las dificultades de la juventud, los años empleados en la universidad, las estrecheces del primer trabajo, la rivalidad entre amigos, las promesas del primer amor... Juan Luis Marín aborda todas estas cuestiones en *El suicida impertinente*, pero no busca tanto un agradable hipnótico como ahondar en las contradicciones de la vida, señalando todo lo que empezó entonces y por haches o por bes, ha ido quedando olvidado por el camino, seguramente muy a nuestro pesar. Hipotecas, plazos, contratos, deudas, compromisos, lazos abstractos que nos separan de lo que éramos y nos convierten en almas grises.

Este discurso asumido y personal, que se alza como irracional protesta y callejón sin salida, tiene tal calado que nos enfrenta con los miedos y frustraciones de toda una generación —la llamada Generación X que, como dice la novela, tendría que haber sido Generación P, de «perdida»—. Y esa protesta sin solución viene servida en clave de peculiar *thriller* que confronta pasado, presente y futuro.

Un guionista frustrado que hace años decidió alejarse de todo mientras todos le daban la espalda —el sentimiento recíproco confirma su falta de sintonía con el mundo— se suicida en la bañera no sin antes orquestar un plan que dejará en evidencia las contradicciones y mentiras, tanto piadosas como crueles, de familiares, amigos, antiguos compañeros de trabajo... incluso de su propia esposa. Para ello hará llegar una carta a una persona al azar —mejor dicho: someterá a su azarosa intención a una persona que ni se imagina lo que se le viene encima— para que lea di-

cha misiva el día de su funeral. Humor cruel y grotesco asegurado. Revelaciones de infidelidades e hijos no deseados. Codazos, pisotones y más cabreo y miedo que lágrimas serán las tónicas de sus exequias. Esto es solo el punto de partida de un diabólico plan trazado con tiralíneas cuyos arabescos atraparán al protagonista como si fuera una marioneta que solo puede manifestar la voluntad de su creador, que mueve los hilos desde el Más Allá.

La habilidosa combinación de registros también habla de la época que retrata Juan Luis Marín: como en el cine de los 90 —al que no faltan alusiones en estas páginas—, y más concretamente las películas de Tarantino, los Coen o las Vidas cruzadas de Robert Altman, el autor combina lo sublime y lo ridículo, lo solemne y lo divertido, lo noble y lo patético. Lo más importante de todo: el auténtico encaje de bolillos para trenzar una trama en la que es el muerto quien se está cobrando una peculiar venganza. Pese a lo chocante de la premisa, Marín sale airoso del reto porque tiene el tiempo en sus manos y hace que la lectura fluya, que la historia crezca y adquiera consistencia en nuestra imaginación.

No es difícil imaginar un ajuste de cuentas por parte del autor. Estoy seguro de que sin saberlo, Juan Luis se ha pasado media vida escribiendo esta novela. Él, como yo, es periodista, y conoce perfectamente las dificultades de la profesión, así como las promesas de futuro que tan a menudo escuchamos en otras épocas. En cierta manera, nuestra generación parece un descomunal episodio de una serie de televisión, en el que no se han escatimado medios, bien repleto de planos aéreos, extras y figurantes. Imaginen que los productores han echado los restos en la preparación de ese piloto y se han olvidado de que la serie tenía que continuar...

por David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

PRIMERA PARTE

«Si hay alguien a quien no haya insultado...
pido perdón».

Johannes Brahms (1833-1897)

Aquel 21 de mayo cayó en viernes; un día soleado y caluroso que amaneció con la excomulgación de un obispo acusado de pederastia y anocheció con un accidente aéreo en el Pacífico que se cobró la vida de doscientas veintisiete personas. Pero el sol volvió a salir al día siguiente, así que aquel veintiuno de mayo...

Fue un día normal.

Esa mañana J. M. se levantó temprano, alrededor de las nueve.

Era el gran día y todavía quedaban muchas cosas por hacer.

Treinta minutos después entró en la cafetería El Cruce de la pequeña localidad costera de Puerto Requielme, donde residía. Pidió un café con leche en vaso, ojeó el periódico que había sobre la barra y se sentó en una mesa del extremo sur del local frente a una ventanita por la que comenzaba a entrar el sol; vestía unos pantalones vaqueros azules y una camiseta amarilla. Bajo el brazo llevaba un cuaderno de anillas de tapa azul y un bolígrafo.

J. M. permaneció una hora sentado en aquella mesa, escribiendo en su cuaderno y sin cruzar palabra alguna con nadie; fumó cinco cigarrillos de marca Winston y de vez en cuando echó un vistazo al televisor que había en el rincón opuesto del local y en el que, sin volumen, se emitía en un canal de televisión *Cruzando la oscuridad*, dirigida por Sean Penn y protagonizada por Jack Nicholson. Vicente Torné, propietario de El Cruce, afirmó que J. M. susurró en ocasiones los diálogos mudos de los actores en la pantalla, «como si se los supiera de memoria». Igualmente, certificó que a las diez y media J. M. abonó

su consumición en la barra dejando veinte céntimos de propina y abandonó el local.

Más o menos a las once menos veinte de la mañana, J. M. entró en la papelería Escarola, compró un cúter que pagó en efectivo, se interesó por algunas novelas de bolsillo y cinco minutos más tarde se fue por donde había venido.

El último en ver a J. M. aquella mañana fue Gabriel Sánchez, ganadero de la zona que, camino de su habitual partida diaria de mus, se cruzó con él. Ambos intercambiaron un cordial «buenos días» y cada cuál prosiguió su camino: Gabriel Sánchez ladera abajo, y J. M. colina arriba, en dirección a su domicilio, el número ocho de la calle Sánchez Petrea, un chalé de tres plantas en una pequeña urbanización al borde del acantilado, con garaje, jardín trasero, vistas al mar y piscina comunitaria. En aquellos momentos J. M. llevaba, además de su cuaderno, una bolsa de plástico con algo pequeño y de poco peso en su interior: el cúter comprado en la papelería Escarola.

J. M. volvió a aparecer por las calles de Puerto Requielme a las diecisiete horas. Varios vecinos del pueblo lo vieron junto al único buzón de correos del pueblo, emplazado en la Ronda Fundadores.

Según algunos testigos, J. M. introdujo de cinco a diez sobres en él. Arantxa Ybarra, estanquera del único local de estas características en Puerto Requielme, afirmó que no recordaba haber vendido sellos a J. M. recientemente.

Y J. M. volvió camino de su casa.

Carlos Vahillo conducía por la calle Sánchez Petrea alrededor de las dieciocho horas cuando vio a J. M. cargando pesadas cajas de cartón desde la puerta principal de su domicilio hasta un contenedor de basura metálico al otro lado de la calle; la distancia es de unos diez metros. Vahí-

llo calculó que junto al contenedor había de cinco a siete cajas de un tamaño «como esas en las que venían los antiguos televisores de tubo de veinticuatro pulgadas». Según él, las cajas no tenían ningún tipo de dibujo o inscripción.

Media hora más tarde, y mientras practicaba en el monte su puntería con una honda, usando como dianas a las ovejas que él mismo pastoreaba, Sergio Prados, de veinte años, vio una pequeña columna de humo que surgía de la parte norte y más alejada de Puerto Requielme, una zona que forman tres calles; una de ellas es Sánchez Petrea. Pero también había columnas de humo al sur y al oeste del pueblo debido a la quema de rastrojos en algunos campos de cultivo de la zona. Así que no le dio mucha importancia y continuó a lo suyo.

Cuando Carlos Vahílllo cogió de nuevo su Volvo para bajar al pueblo y tomar unas cañas con sus amigos en El Cruce, pasó junto al contenedor metálico: ya no había cajas a sus pies y sus bordes estaban ennegrecidos.

Pero no salía humo de él.

Es más, estaba cerrado.

Eran las veinte horas y quince minutos.

La última persona que vio a J. M. aquel 21 de mayo no es de Puerto Requielme, ni siquiera es española. Se trata de Mayela H., inmigrante nicaragüense de treinta y dos años y residente desde hacía apenas seis meses en Castrolaguna, un pueblo de diez mil habitantes pero con una población flotante de cuarenta mil en temporada alta, que se encuentra a once kilómetros al sur de Puerto Requielme.

Su profesión, prostituta.

A las veintidós horas J. M. realizó una llamada al Club Pantera, un conocido prostíbulo de carretera, pidiendo los servicios de una señorita. El taxista Manolo Fonollosa, acostumbrado a este tipo de servicios, recogió a Maye-

la H. en el club, a las afueras de Castrolaguna, y la llevó hasta el número ocho de la calle Sánchez Petrea, en Puerto Requielme.

J. M. y Mayela H. estuvieron una hora juntos en el domicilio del primero mientras Fonollosa esperaba tranquilamente en su taxi escuchando la música de otro Manolo, Escobar.

Aunque Mayela H. desconfió en un primer momento por la insistencia de J. M. en que tendrían que utilizar sus propios preservativos, y no los que ella siempre llevaba en el bolso, proporcionados gratuitamente por «esos chicos tan simpáticos de servicios sociales del pueblo», reconoció que se relajó cuando vio que la caja aún sin abrir que él le ofrecía era de una marca de sobra conocida y más aún porque, a partir de ese momento, J. M. se mostró muy tranquilo y relajado, como si hubiera hecho aquello cientos de veces... y ninguna compañera hubiera tenido queja.

«Muy educado. Muy limpio. Se portó como un caballero. Incluso me invitó a cigarrillos y a un champán riquísimo. Luego follamos».

Lo hicieron en el sofá del salón y, cuando Mayela H. preguntó por el baño, J. M. le indicó el pequeño aseo que hay en la planta baja, junto al acceso al garaje. A las veintitrés horas y treinta minutos Mayela H. abandonaba el domicilio de J. M., que le había pagado los ciento veinte euros del servicio completo más un extra de otros cincuenta por haberle hecho un francés sin condón. Según Mayela H., las últimas palabras de J. M. fueron:

«Voy a darme un baño».

Y, efectivamente, de las veintitrés treinta a las cero horas del día 22, J. M. entró desnudo en la bañera escuchando *Largo from Xerxes* de Händel...

Y se dio un buen baño.

Nadie volvió a ver a J. M. hasta el domingo 23 de mayo.

M. J., su esposa, de vuelta de un supuesto viaje de negocios, llegó al número ocho de la calle Sánchez Petrea a las diecisiete horas. Cuando abrió la puerta principal escuchó música que provenía del piso superior, según ella «esa mierda que le ha dado por escuchar a todas horas últimamente». Se refería a *Largo from Xerxes*, de Händel. La música provenía del baño, dónde había un altavoz conectado al equipo de alta fidelidad instalado en el cuarto contiguo: el dormitorio de matrimonio.

Cuando M. J. entró en el baño se encontró con su marido J. M. en la bañera, desnudo y totalmente sumergido en agua teñida de rojo.

El forense dictaminó que J. M. había fallecido entre las dos y las tres de la madrugada del sábado 22; se había cortado las venas de ambas muñecas con un cúter que yacía bajo el agua incrustado en su trasero.

Antes de recibir esta información la policía barajó la posibilidad de un robo: la mayoría de las pertenencias de J. M. habían desaparecido, incluido el cordón de un zapato, el derecho, que había dejado junto al izquierdo al pie de la bañera. El informe del forense y la carta de suicidio, encontrada y ocultada por M. J. durante las primeras horas de la investigación, fueron las dos primeras pistas que acabaron con esta teoría; la tercera y definitiva, el hallazgo de los restos calcinados de todas esas pertenencias en el interior del contenedor de basura metálico que se encuentra a apenas diez metros de la puerta principal del domicilio.

Querida M. J.:

Si estás leyendo esto significa que has regresado de tu viaje, de follar con el gilipollas de turno. Aunque muerto, no soy imbécil. Sé que no ha sido la primera vez, y ya me he cansado de que folles con todos menos conmigo. Yo también he follado con todas menos contigo, pero siempre tuve que pagar por hacerlo, así de triste han sido estos últimos años.

De todos modos no creas que monopolizas las causas de lo que he hecho. Solo eres parte del problema. Quizá todo hubiera sido distinto si te hubiese dejado cuando tuve la oportunidad; en lugar de eso me casé contigo. Y poco después nos mudamos a este pueblo de mierda por tu nuevo trabajo como directora comercial de una fábrica de zapatos. A partir de ese momento todo se fue al carajo. Habías cumplido tu estúpido sueño mamado en esas películas románticas que tanto te gustan; lo habías conseguido y te deshinchaste de mí para inflarte hasta reventar de todo lo demás: reconocimiento profesional, dinero, viajes, ferias, convenciones, cursos de formación... Y cuernos. Y aunque sabías que mientras tanto yo caía en picado, te dio igual, porque siempre estaba ahí para darte masajes en los pies, destrozados por llevar a todas horas la misma mierda de zapatos que vendes por medio mundo.

Como he dejado de importarte, lo mismo debe ocurrir con mis cosas: ni películas, ni libros, ni música..., salvo *Largo from Xerxes* que sé que odias. Jódete y tira tú el cedé a la basura. Como mi ropa no te sirve, tampoco la

echarás de menos. Lo mismo ocurre con las cartas, fotos y demás gilipolleces; las novelas, relatos y guiones que escribí han corrido la misma suerte: si en vida no gané un duro con ellos, nadie lo hará estando yo muerto. Sería ridículo que me llegaran el éxito y el reconocimiento cuando no puedo disfrutarlos.

No podía seguir viviendo porque no tengo vida que vivir. Lo único que hago es pasar mis días en un casoplón que tú has pagado, viendo una tele que tú has comprado, escuchando música en un equipo que tú me regalaste, utilizando un DVD que tú pagaste y a veces conduciendo un coche que estás pagando.

En definitiva, siendo un mantenido.

Y los días pasan, mis estanterías y cajones se llenan de cosas que escribo, historias cojonudas, asombrosas, historias que nadie quiere y que hasta tú, mi fan número uno, dejó de leer hace tiempo. Te he dicho mil veces que valgo muchísimo, pero nunca me han dejado demostrarlo. Me he cansado de esperar, de escuchar consejos de personas que no hacían más que tocarse la polla mientras yo curraba y me buscaba la vida como un cabrón; pero los últimos serán los primeros... y todos llegaron a cualquier parte mientras yo retrocedía sobre mis pasos para encontrarme siempre a medio camino de nada.

Y estoy atrapado porque no tengo dónde ir. Ni siquiera puedo dejarte por muchos cuernos que me hayas puesto porque no tengo nada, sobre todo valor para mendigar una vida de jubilado con mis padres en otro pueblo de mierda... o regresar a La Capital y

acampar bajo un puente como un fracasado más. Y tú no me dejas porque te doy lástima. Pero esto no lo hago por ti, para que por fin seas libre: lo hago por mí y, sinceramente, espero que te pudras en el infierno. Mi matrimonio contigo no ha sido más que otro fracaso, M. J.

Amigos, familia, productores, editores, agentes literarios... y mi esposa. Todos me disteis la espalda y no habéis movido un dedo por ayudarme.

Ni siquiera he tenido un hijo. Me habría encantado tener un enano, lo juro por Dios; un chaval al que cuidar y educar. Me hubiera bastado la profesión de padre para recobrar la ilusión, para tener un motivo por el que levantarme cada día... pero difícil es tener un hijo con tu esposa cuando ni siquiera follas con ella. Porque cuando no está de viaje, en una feria, en un curso de formación o en una convención, tiene trabajo atrasado, el coño irritado por la última sesión de depilación láser, cistitis... o la puta regla de los cojones. Y todo desde que me salió aquel sarpullido en la punta del ciruelo... ¡porque desarrollé una alergia al látex! Pero nunca te lo creíste. Por muchos informes médicos que te enseñara nunca dejaste de pensar que había pillado algo con una fulana. Y así fue como al final acabé pillándolo de verdad. Como mínimo un par de veces. Y tú ni siquiera te diste cuenta. Porque has visto más veces la polla de Michael Fassbender en la tele que la mía en 3D.

Joder, si la policía lee esto creerá que les tomo el pelo, pero ahí estarás tú para confir-

mar que, en efecto, hace más de siete años que no echamos un polvo.

Que te den por culo M. J., que tu vida entre en barrena y llegues a sentirte tan desgraciada como me he sentido yo.

J. M.

No pudo salvarse nada del contenedor de basura metálico. Todas las cajas habían sido rociadas con gasolina, prendidas con una cerilla y consumidas hasta convertirse en cenizas junto con todo lo que contenían.

La policía encontró una pila de álbumes de fotos en el escritorio de J. M.; con la ayuda de M. J. se descubrió que habían desaparecido algunas, aquellas en las que J. M. aparecía solo. Además, en las que había sido fotografiado junto a alguien, su cabeza también había desaparecido después de ser recortada con la precisión de un cirujano, supuestamente con el cúter comprado en la papelería Escarola el día anterior, el mismo con el que se había quitado la vida cortándose las venas en la bañera y que había acabado clavado en su desnudo trasero.

Más de cien cabecitas de J. M., tanto en color como en blanco y negro, debieron quemarse en el contenedor junto con todas sus pertenencias...

O no.

Nadie se preocupó de buscarlas.

M. J. no derramó una sola lágrima hasta que la policía abandonó su casa; para entonces eran ya las tres de la madrugada del lunes 24 de mayo. Realizó una llamada telefónica al «gilipollas de turno» y cenó algo de lo que había en el frigorífico: fiambre, una manzana y un yogurt; después entró en el dormitorio...

Y jamás salió de él.

Y hasta aquí llega lo acontecido aquel fin de semana.

Como el cadáver de M. J. no fue encontrado hasta una semana después y ocurrieron antes muchos y más interesantes acontecimientos, hablaremos de ello más adelante.